

Y ese tipo, y esa inspiracion, hallólos en su hija.

Pero Salcillo necesitaba mas; necesitaba un momento supremo, propio para su obra; necesitaba que aquel tipo, que aquella inspiracion fuesen dignos del instante en que habia de colocar su creacion, y encontrólos aun á costa de su ternura de padre, aun á costa del amor que á su hija profesara; el artista, aunque parezca paradoja, ahogó por un momento sus paternas afecciones.

Viudo era Salcillo, y de su matrimonio quedóle una hija.

Jóven; bellísima, como una encarnacion de la belleza griega; de ardiente corazon, como por sangre árabe alimentado; tierna; amorosa; con un ferviente culto, con un amor sin límites por un hombre, jóven como ella, distinguido y bello, la hija de Salcillo amaba con esa fiera vehemencia, con ese ardor inextinguible, patrimonio de privilegiados, ardentísimos espíritus. Aquel hombre era para ella como un pedazo de su alma, como parte integrante de su sér, su propia vida; y vivir sin él la hubiera sido imposible.

No cuenta la tradicion por qué circunstancias dióse en Múrcia por muerto al amante de la hija de nuestro artista; pero es el caso, que así sucedió. Sin embargo, Salcillo averiguó lo que habia en aquello de verdad, y supo no ser el muerto quien creyóse al pronto, sino otro jóven tambien distinguido y que se le parecia.

La calle en que Salcillo habitaba, era una de las por que habia de pasar la fúnebre procesion al conducir el cadáver al enterramiento; y el artista, en cuya mente ya bullía el germen de su magnífica obra, pensó que aquel era el oportuno instante para que á luz saliese.

Era una hermosa primaveral mañana, de cielo azul, de trasparente atmósfera, de sol brillante, como son siempre en Múrcia. María se hallaba á la ventana, en su gabinete, pensando en su amante. Hacia dos dias que no le habia visto, ni sabia de él. Salcillo se hallaba á su espalda mirándola atentamente, sin perder el menor de sus movimientos, expiándolo todo, y aguardando el momento que su entusiasmo artístico habia preparado.

De pronto se escuchan funerarios cantos, lúgubres salmodias, y desemboca en la calle una triste comitiva.

María asoma por curiosidad, é instintivamente palidece al observar ciertas miradas fijas en ella compasivamente. Llega debajo de la ventana el féretro, y escucha la jóven una conversacion en la cual oye resbalar el nombre de su amante: lanza un ¡ay! y cae desmayada. Su padre acude á ella, llama en su auxilio, y penosamente la vuelven á la vida; pero de los ojos de la jóven brota abundantísimo raudal de llanto; su pecho se agita con violencia, y de sus lábios escapan comprimidos sollozos.

Entonces la fisonomía de Salcillo se ilumina al resplandor de los relámpagos que de sus ojos parten, ensánchase su frente, y olvidándose de que es padre, recuerda solo que es artista, y con mano febril, pero firme, dibuja con unos cuantos rasgos aquel doliente rostro; aquellos hermosísimos ojos llorando brillantísimas lágrimas; aquella divina boca entreabierta, por la cual escapa angelical espíritu; aquella celestial, bellísima, griega garganta, hinchada por los suspiros. Nada pudo conmoverle sacándole de aquel artístico arrobamiento, nada: Salcillo permaneció inflexible, duro, despiadado en su inspiracion, y la aficcion y la suprema angustia de su hija no tuvieron límites.

La Madre de Cristo en el Calvario, muerto su hijo, abandonada, espirante de pena en su soledad, no ofreció un rostro mas angustiosamente bello, mas tristemente hermoso, de mas marcado melancólico dolor, que el de la desventurada hija de Salcillo en tan supremo instante.

Terminó el artista, y ya se preparaba á calmar aquel duro sufrir diciendo la verdad, cuando penetró en la estancia un jóven. Irguióse María, lanzó un grito agudísimo, y exclamando: «¡Vive, vive! ¡no ha muerto!» sin ver nada, sin mirar nada, olvidándolo todo, presencia de extraños, consideraciones sociales, todo, todo menos su amor, arrojóse en los brazos del jóven, rápida como el rayo, secos súbitamente los ojos, y allí, en ardientes y vehementísimos besos, desahogó su alma de pasadas angustias, de inenarrables crueles dolores.

Tales son los únicos detalles que la tradicion refiere, y que hemos podido adquirir sobre la tristísima y poética escena, origen de la magnífica escultura que todos los años

